

X Jornadas Jitanjáfora “La literatura y la escuela”

Agosto 2009

Literatura desde la cuna hasta las canas

Entrevista a María Inés Bogomolny, a cargo de Elena Stapich

M.I.B – Buenas tardes a todos. Quiero agradecer a “las Jitanjáforas” la invitación a participar de estas jornadas que hacen posible esta charla, este diálogo, este intercambio, entre quienes desde distintos espacios estamos en permanente construcción como lectores y como mediadores de lectura.

Como a mí me gusta empezar por una historia, les cuento que mis cuatro abuelos, mi padre y sus siete hermanos, emigraron a la Argentina desde Rusia entre fines del siglo XIX y principios del XX, buscando sobrevivir. A todos los esperaba una vida con muchos aprendizajes, en medio de sus miedos e ilusiones, dificultades y añoranzas. Sin embargo, mi abuela paterna que se llamaba Lea como una invitación a leer (porque se llamaba “Lea”, no se llamaba “¡Lea!”) se negó a hablar en castellano durante los 45 años que vivió en este país, primero en Entre Ríos y después en Buenos Aires.

Hablar solamente en idish fue quizás la manera que encontró para conservar sus sonidos familiares, sus cuchicheos entre mujeres, para imaginar que seguía siendo una campesina rusa junto a sus mayores a quienes no volvería a ver. Quizás de esta forma, refugiada en la imaginación, su exilio obligado le doliera menos.

El resto de mi familia conquistó junto al mate el nuevo idioma, descubriendo sus recovecos y sus destellos. No fue fácil, pero sí fue parte de la aventura de vivir y de conocer que me transmitieron apasionadamente. De mi abuela Lea y de su largo silencio en castellano (les aclaro que yo no hablé idish, para no ser menos), aprendí la necesidad y el gusto por leer los gestos, las caricias, los estados de ánimo, como si fueran ilustraciones de un libro sin palabras o una película de cine mudo. También heredé de ella la dificultad para hablar otros idiomas.

Mi infancia estuvo así poblada para mí de jitanjáforas, sonidos que no entendía pero que amaba por su musicalidad y su ritmo, y que entremezclados con las risas y las conversaciones de los adultos me dejaron el espacio propicio para mis ensoñaciones, acompañada por las queridas presencias familiares que parecían habitar otros

mundos. Estas ensoñaciones, el enigma de lo que no comprendía -aunque a veces intuía- y los cuentos inventados por mi padre que sucedían en su vieja Rusia (uno de mis primeros territorios de ficción) me proveyeron la pasión y el pasaporte hacia las lecturas del mundo y de los libros. También hicieron lo suyo el humor que corría en la familia, los libros al alcance de la mano, los cuentos tradicionales y los juegos de palabras de palabras que llegaron por boca de mi madre.

La aventura de leer, a la que me entregué como un juego, aún antes de saber leer convencionalmente, me llevó -ya de grande- a hacer de mi pasión por la lectura un trabajo con otros y para otros, tejido con palabras, personas y libros, en el que intento unir la lectura con la vida y la educación con el arte, que tantas veces encuentro que conviven como el agua y el aceite.

Gracias al largo silencio de mi abuela Lea, a las vivencias familiares de marginación y al hilo invisible de tradición ancestral, creció en mí el interés y el placer por nuestro idioma y por acercar palabras y libros a las comunidades silenciadas y marginadas de nuestro país. Doblemente marginadas: por pobres y porque son portadoras de culturas diferentes. Las riquísimas lenguas aborígenes como el guaraní, el toba, el aimara, el mapuche, el quechua, constituyen fronteras - la mayoría de las veces insalvables- para mirar el mundo y acceder a la educación, al mismo tiempo que son canteras de resistencia, poesía y cosmovisión.

La Argentina es un país de rica diversidad, de enormes contradicciones, pero también de grandes oportunidades. En lo que hace al campo de la literatura infantil, los libros y los mediadores, además de una importante e interesante producción literaria y plástica para chicos, hay muchas personas y grupos en todo el país haciendo experiencias muy valiosas, como puentes entre los lectores y los libros, los libros y las lecturas posibles, las lecturas y la multiplicidad de sentidos. Puentes entre los libros y las emociones, las palabras, el pensamiento. Sin presupuesto *ad hoc* y sin políticas públicas que tomen el toro por las astas, trabajamos en los intersticios, en las grietas que siempre se presentan. Así vamos haciendo camino al andar.

Es en este escenario donde se desarrollaron las experiencias "semilla" que realicé y quiero compartir para intercambiar algunas ideas acerca de libros, lecturas y lectores

no convencionales en ámbitos comunitarios¹. Estas experiencias de trabajo estuvieron centradas en los vínculos, la exploración, el juego y la conversación acerca de los libros y las lecturas del mundo, antes y después de la escuela. Esto quiere decir con la escuela incluida, pero un sentido más amplio dentro de la vida, en el tiempo de espera, de ocio, de soñar despiertos. En la casa, en un centro de salud, en un comedor comunitario, en una plaza, a la sombra de un árbol o en la posta de vacunación a la vuelta de la esquina. En barrios olvidados, alejados, marginados. (Fotos)

El desafío fue que los libros llegaran a donde nunca llegan, a los centros de evacuados por las inundaciones -que desde hace algunos años son cada vez más continuas y despiadadas- a las salas de espera, a los centros de salud, esta sala, que a partir de un espacio semanal de libros, lecturas y lectores, más que de espera se transforma en esperada, como dijo una mediadora. (Fotos)

Desde las cunas y hasta las canas, sin distinción de edad ni de nivel de alfabetización, estas experiencias fueron pensadas intergeneracionalmente, aunque centradas en los chicos -que en la vida como en la literatura- viven y leen mezclados con personas de todas las edades. (Fotos)

El diseño de todos estos proyectos que les comenté tuvo varios puntos de partida en común.

(Foto) Uno de ellos era que **todas las personas nacemos lectoras del mundo**. Es decir, todas nacemos con disposición y curiosidad para leer gestos, climas, estados de ánimo. Esto de ser lectores del mundo es condición imprescindible para ser lectores de libros. Lo que difiere entre unas personas y otras son las oportunidades, ganadas o perdidas; la gran ocasión, como dice Graciela Montes, para que esto ocurra. Es decir la cantidad y calidad de las experiencias que se tengan y el tipo y calidad de las intervenciones de quienes acompañan este camino, interlocutores en el diálogo que proponen todo tipo de lecturas.

¹ *Leer es contagioso, Libros y juegos de acá para allá y Leo leo... ¿qué lees?*, tres propuestas que con equipos mínimos, fueron realizadas en distintas provincias del país y en Uruguay, en el transcurso de los últimos nueve años.

(Foto) Otro punto de partida era que **no hay lectura sin deseo**. Por eso este trabajo con libros y lectores tenía que estar orientado a que cada uno de los que participara de los espacios de lectura que se creaban pudiera conectarse con su deseo. Había que abrir el apetito, dar ganas de leer, contagiar, porque leer se contagia, como se contagia la risa, la gripe, el entusiasmo.

(Foto) Otro punto de partida era que la **selección de libros** se iba a hacer **según criterios de calidad literaria, plástica y estética, diversidad de géneros, estilos, autores y puertas de entrada**. Por eso la mesa de libros, que a veces era alfombra, estaba servida para que cada uno pudiera probar lo que tuviera ganas. Así fue que todos los proyectos implicaron compra de libros. La oferta tenía que ser lo más variada posible: cuentos, poesías, juegos con la palabra, libros de arte, libros de información. Había que seleccionar y ofrecer libros que dieran a sentir, a pensar, a leer. En cuánto a la calidad literaria, plástica y de la información, en cuánto a la diversidad, a la inclusión de los temas tabú, con un abordaje ético y estético, y en cuánto a la amplitud de miradas sobre la vida. Es en este sentido que hablo de libros no convencionales.
(Foto)

Otro punto de partida es que **había que sumar lectores experimentados y disponibles**. (Foto). Personas que leen libros, no sólo para estudiar o por cuestiones de trabajo, sino que además aman la lectura, disfrutan con ella, son curiosos y abiertos a ampliar sus horizontes, leen con fluidez, asiduamente y les gusta conversar sobre lo que leen.

Por otro lado, me gustaría remarcar que la modalidad de trabajo, si bien partió de una comunidad de lectores, estuvo orientada hacia la construcción de la autonomía lectora. (Foto). Esto significó que en un mismo espacio y en cada uno de los encuentros, convivieran momentos de leer a otros con momentos en que cada uno pudiera leer solo o con otros, a elección y a su propio ritmo, para detenerse todo lo que quisiera en una página, para volver a empezar, para ir y venir por el libro por necesidad, preguntas propias o placer, haciendo varias lecturas de un mismo libro o volviendo a la parte, escena o recorrido que más le hubiese impactado.

Sin libros no se puede leer, pero los libros solos no alcanzan para que se produzca ese encuentro mágico, ese diálogo íntimo, jugar con la palabra, las ideas, la dimensión poética, los mundos imaginarios. Los libros necesitan compañía. Es necesario crear espacios y encuentros dónde se vea leer a otros, escenas lectoras, prácticamente

inexistentes en la experiencia de estas poblaciones. La necesidad del relato, poesía y conocimientos nos es propia por ser humanos, y además de una necesidad es un derecho sin distinción de edad, *desde las cunas hasta las canas*. Hasta las canas, desde las cunas, sin distinción del tamaño, color, barros o vaivenes; un derecho que nos permita construir y reconstruirnos para que podamos decir, junto a Graciela Montes:

“Había una vez
una palabra redonda,
entera, brillante.
Adentro de la palabra
estaba el mundo,
y en el mundo
estábamos nosotros
diciéndonos palabras”.

E.S. – Bueno, ahora vamos a tomar unos minutos para hacer algunas preguntas a María Inés, mientras tanto, si ustedes quieren también preguntar algo pueden escribir en algún papel y pasan las voluntarias a buscarlos.

Me interesa, para empezar, preguntarte María Inés con respecto al sentimiento de vergüenza que, justamente hoy comentaste a partir de una de las fotografías, de este señor que se siente excluido, o que está excluido de la cultura legitimada, y dice *“no, yo para qué vine si no sé leer”*, y el desafío que implica encontrar estrategias con estas personas, y estaba pensando en relación con esto, en algo que dice Teresa Colomer y que creo que a los docentes nos toca particularmente porque ella habla de que no poder sostener la lectura, no poder construir un sentido también es una manera de no saber leer, es una gran frustración. Y muchas veces esta frustración aparece como enmascarada con la indiferencia: *“a mí no me gusta, no me interesa”*, entonces qué es lo que opinás con respecto a esto, porque en algún punto, pienso yo que no son solamente los que no saben leer los que están excluidos, ¿verdad?

M.I.B. – Sí, por un lado yo comentaba este tema de la vergüenza. Por otro lado lo que planteás muestra que ante la falta de una competencia para hacerlo, aparece una situación de defensa también, se da el desinterés, el disgusto, que es otra forma de exclusión. Lo que sí veo es que eso se salva con la lectura en conjunto. En la foto veíamos como ese mismo señor, al verse integrado a esa comunidad lectora, imitó rápidamente el gesto del lector a pesar de que era analfabeto. Lo que muestran las fotos y mi experiencia es que la gente está interesada en la lectura, el tema es si las

intervenciones de los mediadores marcan la carencia o el déficit, o si se la integra sea cual sean las competencias lectoras para que haga su propio camino.

E.S. – Bueno, una cosa que yo leí en un artículo tuyo me gustaría que la comentaras, que es la anécdota de la maestra jardinera que lee un libro para un grupo de niños y de niñas y uno de los chicos que está allí formando el grupo dice: *“no, un momentito, yo este libro lo conozco, a mí me lo lee mi papá y no es así...”*

M. I .B. – La historia de Félix... un chico de un jardín de infantes de la ciudad de Mendoza, en un momento en que la maestra lee para todos un libro. Cuando empieza por mostrar la tapa, Félix dice muy entusiasmado que él lo conocía, que él sabía que era muy lindo y entonces sus compañeros estaban de lo más contentos al ver que él se hubiese aventurado ya por ese libro... La maestra comienza a leer y Félix empieza a sentirse desconcertado, le dice *“no, no, no, así no es, así no es,...”* Y esta maestra, una de las maestras que al leer no altera el texto escrito, que lo estaba leyendo al pie de la letra, se sentía muy extrañada porque Félix era un chico con una capacidad y un desarrollo lingüístico importante, con lo cual le parecía muy raro que él insistiera. *Pero sí, yo estoy leyendo aquí...”,* decía la maestra. Y Félix: *“No, yo este libro lo tengo en mi casa y este libro no es así, me lo lee mi papá todas las noches...”*. Bueno, la cuestión es que la maestra trata de llegar al final del libro de todas maneras y empieza a indagar qué era lo que pasaba... Cuando conversa con los padres, el padre de Félix le confirma que ese mismo libro lo tienen en la casa pero le confiesa que como él no sabe leer le había inventado una historia a partir del libro. Esa historia se la había aprendido de memoria y se la repetía todas las noches para que Félix no se diera cuenta que su papá no sabía leer.

En general esto ocurre al revés, ¿vieron que muchas veces las maestras cambian el texto y entonces después ocurre que si otro se lo lee como es, no lo reconoce? Bueno, acá había sido al revés.

El papá de Félix decía que cuando nació su hijo decidió que la historia de Félix iba a ser distinta que la suya. Y a partir de esta decisión y a pesar de que no sabía leer, ¡qué mediador excelente de lectura fue para su hijo! Porque además de saber leer no convencionalmente, Félix tenía realmente un manejo sutil con la palabra y un interés muy grande por los libros. Y esto había sido sembrado por este señor que no sabía leer...

E. S. – Eso es muy interesante porque a veces pensamos que si los chicos tienen papás que no han adquirido la lengua escrita, entonces no pueden transmitir nada y no es así. También me llama mucho la atención y también en alguna de las fotografías vos lo mostraste, esta cuestión de vincular la oferta de lectura con la alimentación. He visto en algunas cosas que escribiste unas metáforas que, por

ejemplo, “poner la mesa de libros”, “servirse lo que más le guste”, “ofrecer un menú variado”, para terminar con la idea de que esta actividad es un “banquete”. Entonces me llamó mucho la atención todo este campo semántico que tiene que ver con la alimentación y quisiera que vos dijeras algo con respecto a este modo de presentar los libros como quien dice “pasen, la mesa está servida”.

M. I. B. –Esta metáfora la desarrollé en el proyecto “Leer es contagioso” creado desde el Plan Alimentario Nacional. Lectura y alimento, lectura y nutrición. Probar todos los gustos. Fue una grieta para poder ubicar libros junto con la comida. Porque mi idea es que no es primero la comida y después los libros, sino que van juntos, en simultaneidad. A partir de ahí me pareció que así como el Programa ofrecía comida también podía ofrecer libros y lecturas. A partir de ahí la mesa de libros fue una manera de invitar, de ofrecer, para que cada unos pudiera servirse lo que deseara, conocer nuevos gustos...

Por otro lado, cuántas veces nosotros decimos “*es un tragalibros*”..., aludiendo a quien lee mucho, se devora todo. Los chicos muy chiquitos, los bebés, se “comen” los libros, los muerden, los chupan. Pero también podemos hablar de “lectores inapetentes”, aquellos que no tienen ganas de leer o los que leen siempre lo mismo.

El comentario “*esto parece un banquete de casamiento*” lo hizo Rosa, una señora de Tucumán, que cuando vio una mesa llena de libros que no conocía, lo ligó a la experiencia festiva y alegre que es un casamiento, con una mesa para servirse lo que uno quiere y muy rica comida ¿no?

E. S. – Sí, también Yolanda Reyes hace una especie de “ranking” de los libros más usado por lo bebés, y en lugar de ser los más vendidos, como ponen en los suplementos literarios, dice “los más mordidos”.

Por otro lado mencionaste el tema del Plan Alimentario, creo que se abre una línea interesante de trabajo muy fortalecida a partir de las visitas de Michel Petit a la Argentina y de sus libros, donde ella jerarquiza la presencia del libro y de los mediadores en las situaciones de catástrofe, en los lugares donde hay evacuados o refugiados, es decir en todas las situaciones extremas donde un o siempre escucha “se necesitan colchones, se necesitan pañales, frazadas, medicamentos, alimentos no perecederos...” y esta insistencia de ella en la cuestión de “sí, también se necesitan libros”...

M. I. B. – Claro, fue así con las inundaciones de Santa Fe del 2003. Se presentó la oportunidad cuando yo estaba trabajando en “Leer es contagioso” en ese momento y me llaman de UNICEF diciendo “*bueno, ya mandamos los medicamentos, los colchones, la ropa... mandemos libros*” Esta intervención frente a la catástrofe se convirtió luego en un proyecto específico. Yo visité los lugares, armé un diseño de

“cuatro mochilas, cuatro colores” y fui a trabajar con la gente que iba a recorrer los centros de evacuados. En ese momento todo era un caos. El contexto de las inundaciones es de mucho dolor, donde entonces la lectura es, en realidad, reparadora, igual que en los hospitales y las cárceles. Lugares de aislamiento, de dolor, en donde de alguna manera, se abre una posibilidad concreta de tener otros mundos al alcance de la mano y por otro lado, lo que comentaba la gente era que les permitía vincularse con los chicos de otra manera. En estos lugares, cuando hay inundaciones lo que sobra es tiempo. Los hombres se van en general a cuidar los techos y lo que pudo quedar de sus pertenencias por el tema de los robos, pero, en general, las mujeres y los chicos se quedaban sin nada que hacer y sin poder salir. He visto como una mamá con mucho tiempo peinaba larga y cansinamente, como en una caricia, el pelo de su hija y fue muy interesante ver como se organizaban con los libros, ellos mismos, para leer. Yo siempre apunto a confiar en que las personas aún sin saber leer hacen, no es que pensé que tenían que ser docentes o especialistas, por supuesto que iban de la mano de algunas personas experimentadas, pero tuvimos la confianza de hacerlo.

E. S. – Me parece que está interesante para subrayar, porque si bien compartimos totalmente la idea de Graciela Montes de que la escuela es la “gran ocasión” para la lectura, fuera de la escuela hay también otras ocasiones y a veces, como vos decís, donde la lectura viene a “reparar”.

Otra cosa que me interesaba preguntarte, o que nos aclararas, es a propósito de algo que vos decís con respecto a un proyecto, porque muchas veces, uno tiene ganas de hacer un proyecto que tenga que ver con la lectura y, por ahí en algún texto tuyo dice que “un proyecto es como un camino de hormiga a partir de los lectores y no de los libros”, entonces me gustaría que aclararas un poquito esto de por qué a partir de los lectores y no los libros...

M. I. B. – Bueno, yo veo en general que todo proyecto que comienza, para querer hacer en algún lugar con lecturas y libros, la gente dice siempre “*no podemos porque no tenemos libros*”. Y lo que compruebo es que muchas veces, cuando están los libros igualmente no se sabe qué hacer... Entonces, los libros son necesarios pero no alcanzan. Por otro lado, vi que muchos proyectos están basados en la donación de libros y cada uno dona lo que sea, con lo cual se arman bibliotecas muy aleatorias, en donde en realidad nadie conoce ni sabe qué hay. Me recuerda a cuando la gente ponía bibliotecas huecas que estaban de adorno, que compraban por metro. Por eso pienso que antes de conseguir libros sea como sea, convocaría lectores que puedan leer a otros y poner a disposición sus libros necesarios. Por ejemplo, si a mí me llaman para ir a leer a algún lado yo voy con cuatro, cinco... diez libros y leo a los chicos,

inclusive yo se los podría dejar prestados, digo, no regalarlos, pero de alguna manera cada lector viene con un grupo de libros y viene con ese lector que va a leer esos libros que le gustaron y entonces tiene mucho más sentido. Y por otro lado, lo comprobé cuando una vez una bibliotecaria de Berazategui me pidió una colaboración para una biblioteca barrial que estaba queriendo armar después de la crisis del 2001, en el garage de su casa. Movilizó a la comunidad, fue maravilloso, pidiendo donación de libros. Un peluquero donó su trabajo de los días lunes, su ganancia de ese día era para libros. Y vino una vecina encantada regalando el tesoro que ella tenía: 350 libros de Corín Tellado que era todo lo que leyó en su vida y que le encantaba, por supuesto. Pero la bibliotecaria me decía *“¿qué hago yo con 350 libros de una sola clase... ¿dónde los pongo?, no voy a tener lugar... Por otro lado, esta señora donó lo que más quería, no los puedo guardar, cuando ella venga a ver tienen que estar, ¿qué hago...?”*

A partir de esta experiencia pienso que el tema de la donación de libros no es lo primero (salvo que se pueda empezar por una selección de libros para comprar), sino que empezaría por convocar lectores. Esta lectora de Corín Tellado podría haber venido con un libro... tres...cinco de Corín Tellado y leerlo con quien quería y prestarlos a quienes quisieran llevárselos para leer. Otros lectores aportarían otros libros, otros autores...

E. S. – Bueno, te iba a preguntar algo sobre la relación entre los bebés y los libros pero me parece que con las fotos que vimos no hace falta que hablemos del tema. Vamos a pasar a este otro tema que me parece interesante, que es esta otra idea tuya cuando decís: “poner los mismos libros al alcance de todos”. Esto me parece interesante porque muchas veces, a los que trabajamos en esto, nos preguntan *“¿y este libro será adecuado para esta edad?”* o *“¿si estos chicos son así, podremos llevar estos libros?”* Hay mucha preocupación por elegir el libro adecuado para un chico, para un grupo, para una edad, etc. y vos decís *“poner los mismos libros al alcance de todos”*, entonces me gustaría que explicaras eso porque vas a poner en conflicto un poco esta idea que me parece que está bastante arraigada...

M. I. B. – Sí, también lo vimos en las fotos, como ya dije, los libros se seleccionaron con parámetros de calidad literaria y plástica. Quiero decir que estoy hablando de la relación y el vínculo con el arte, con la literatura, con la ilustración, con la plástica, con el diseño... Si los libros tienen que ver con el arte, *“ entonces los libros no tiene edad...”* como dijo una bibliotecaria en uno de mis talleres.

Así como los libros de literatura infantil son leídos, apreciados y gustados por los grandes no solo para leérselos a los chicos, también me encontré con pequeños grandes lectores que leían y me hicieron notar y gustar libros que encontraban en la

biblioteca, como los poemas de Edgar Allan Poe, por ejemplo. Una nena de 10 años que estaba muy interesada en leer poesía, me dijo “*este poema habla de mí*”. Es muy curioso: ella no sabía nada de Edgard Allan Poe y estaba señalada como una “malísima alumna” en la escuela, en lengua. Y sin embargo, ella agarró el libro de las obras completas que estaba en la biblioteca de un comedor de una villa, eligió un poema, y dijo “*este poema habla de mí*”... Es ahí donde yo veo el cruce, tanto de los libros de literatura para adultos como otros libros que a mí no se me hubiese ocurrido a lo mejor leérselos a chicos. La cuestión es ponerlos al alcance de cada lector para que encuentre y elija, ¿no?

E. S. – Bueno, ¿hay alguna pregunta que nos quieran alcanzar? (...)

Acá hay una pregunta que dice ¿estuvo relacionada con las experiencias que se llevaron a cabo tras el alud en Tartagal y que aparecieron en la última revista “El monitor”?

M. I. B. – Indirectamente ligada. No oficialmente, porque en este momento no estoy trabajando en ningún proyecto. No obstante, cuando fue lo de Tartagal la gente que estaba allá se comunicó conmigo pidiéndome si podían conseguir el material de “Libros y juegos de acá para allá”. Entonces se pudo conseguir la guía y por otro lado yo busqué en mi biblioteca y de otra gente, y armamos mochilas para mandar, pero como un tema voluntario, no hay políticas públicas sostenidas al respecto. A pesar de eso lo que funcionan son las redes, de tal manera que así participé “a distancia”.

E. S. – La otra pregunta comienza con una reflexión y termina con una pregunta: ¿Piensa que en ciudades como Buenos Aires los chicos pueden observar habitualmente escenas de lectura, en qué difieren estos chicos, sumergidos en la televisión e Internet, de los chicos de Jujuy?

M. I. B. – ¿Si pienso que en ciudades como Buenos Aires los chicos pueden observar habitualmente escenas de lectura?... No, justamente yo les decía que lo que estábamos viendo, inclusive en lo barrios de Barracas que es un barrio de la ciudad de Buenos Aires, generalmente estas escenas de lectura no son cotidianas. Se verán solamente en la escuela, pero no ven a otras personas leer...No me parece que sea habitual ni en Buenos Aires... ni en Jujuy.

E. S. – Pasamos a la que sería la última pregunta, ¿en qué difieren estos chicos, se refiere a los de Buenos Aires, sumergidos en la televisión e Internet, de los chicos de Jujuy?

M. I. B. – Bueno, en principio no planteo la competencia entre TV e Internet con los libros. Me parece que la televisión e Internet pueden ser también nutriciones interesantes, dependen de los programas...

